

do en silencio, tan en silencio, me tenía ya con cuidado.. Pero ¿qué tienes? ¿Lloras, hija mía?

—Estaba limpiando los siembros y cortando violetas para este ramo; se me ocurrió bajar la centifolia para olerla, y debe de haberme caído alguna basurilla...

—A ver, a ver. Ven acá, a la luz.

Marta se levantó y fue a que le examinara su madre los ojos. En esto sonó la puerta de la calle, y entró Luis en seguida, diciendo al verlas en su faena de curación:

—Hola, Marta! ¿Qué te pasa?

—Nada, una basurilla que mamá me busca en los ojos; pero ya no me molestan...

—Tengo que contarte algo que te importa; dijo Luis.

—¿Qué será? Todo lo tuyo me importa.

—Más tarde, más tarde. No se trata de mí. Ahora no, que estoy como agua para chocolate. Lo que sí de una vez te advierto es que no te fíes de Alfredo.

—¿Por qué...? ¿Qué ha ocurrido? Preguntó Marta vivamente.

—No te fíes de ese tipo, es lo que te aconsejo...

—Le tienes tema.

—¿Tema? No, niña, no. Es que ese hombre...

—Ya vas a hablar mal de él. Quisiera que pasara un día sin que lo nombrases. Te ruego que no digas nada, porque tú lo mientas sólo para ridiculizarlo; y yo te aconsejo que no lo hagas porque parece que le tuvieras envidia.

—¡Bah! ¿Envidia? A otro envidiaría, si fuera envidioso, no a ese... Mira, Marta: tranquilamente y con tu buen juicio, compáralo con Carlos: no le llega al tobillo. Carlos es una alhaja, recto, bondadoso...

—Sí, sí. Cuanto quieras. ¿Quién te ha dicho que tu hermana no estima a Carlos? Las comparaciones son odiosas. Y además, que no se puede amar a dos hombres.

—No te pido que ames más que a uno. Y ya sabes...

—Sí, ya sé...

—Bueno, hablando de otras niñas: ¿qué te parecerá si te digo que algunas conozco que así lo hacen, aman a dos?

—No lo creo, Luis. Engañarán a uno o a los dos; pero amar, amar con todo el corazón, en la primavera de la existencia, te aseguro que sólo a uno se puede. Así lo siento y así lo he oído decir a mujeres mayores que yo.

—Pregúntaselo a Felicia.

—¡Ah! ¿Estuviste con ella? ¿Volviste?... Me das vislumbre de esperanza. ¡Qué alegría! ¡Con que no eres como los demás!

—¡Quiá! ¡Qué voy a volver!

Luis, cortando de improviso el diálogo, abrazó a su madre, conversó unos minutos con ella y se metió en su cuarto.

Marta lo siguió, y desde la puerta, mientras su hermano se quitaba el saco, le preguntó, sin dejar ver su curiosidad intensa:

—¿Con quién estaba Felicia, si no era contigo?

—Con otro, con cualquiera.

—No me quieres decir....

—No es que no quiera decir.

—¿Entonces qué es? ¿Por qué atribuyes a Felicia...?

—Hago la suposición.

—Malo; tienes celos e inventas. ¿Verdad que tienes celos?

—Puede ser...

—¡Sí? ¡Qué expresión de duda tan elocuente! Exclamó Marta en un raptó de entusiasmo, porque rompió las nieblas de su espíritu conturbado un rayo vivísimo de esperanza. Y con la luz que en su mente se hizo columbró la dicha de dos corazones femeninos que se librarían de la tortura injusta de una pasión infortunada. No quiso deshacer el hechizo de su espíritu y dejó tranquilo a su hermano.

III

Al otro día, Marta salió a comprar unas telas y bordados; necesi-